



EN
ALGÚN
LUGAR

EN EL
CIELO

FERNANDO CABEZA

En algún lugar en el cielo

Fernando cabeza

A mi padre y a mi madre, por su lucha incansable.

En algún lugar en el cielo

Fernando Cabeza

SAFECREATIVE

Identificador: 1810308866722

Fecha: 30-oct-2018 21:40 UTC

© Fernando Cabeza

Todos los derechos reservados

Motor y al aire (Definición Wikipedia)

Una maniobra de motor y al aire o maniobra de aterrizaje frustrado, es un procedimiento aeronáutico que implica no terminar de realizar una aproximación (frustrar un aterrizaje o toma), por lo que se dice que se da motor y se vuelve al aire.

Generalmente, esta maniobra se realiza cuando no se dan las circunstancias necesarias para conseguir un aterrizaje seguro, como por ejemplo una mala aproximación que lleve a tocar la pista demasiado tarde y sin espacio para frenar, falta de alineamiento, escasa visibilidad o bien se detecte un tráfico no advertido antes, etc. Para realizar esta maniobra se requiere cierta experiencia por el piloto, quien deberá decidir en último momento si se aterriza o se aborta, ya que hay una altitud (altitud de decisión) bajo la cual resulta extremadamente peligroso abortar el aterrizaje, ya que se requiere una aplicación de máxima potencia y cabecear la aeronave hacia arriba, y esto podría provocar el impacto de la cola con el suelo. Tras frustrar el aterrizaje, el controlador da instrucciones para entrar en patrón de tráfico aéreo y realizar una nueva aproximación.

Índice

[MOTOR Y AL AIRE \(DEFINICIÓN WIKIPEDIA\)](#)

[LA CAJA](#)

[EMBARQUE](#)

[00:15:01 HORAS A BORDO](#)

[01:58:30 HORAS A BORDO.](#)

[05:43:32 HORAS A BORDO.](#)

[10:35:09 HORAS A BORDO](#)

[2 DÍAS DESPUÉS, I PARTE](#)

[2 DÍAS DESPUÉS, II PARTE](#)

[2 DÍAS DESPUÉS, III PARTE](#)

[BOEING 737 – 800](#)

[GLOSARIO DE TÉRMINOS](#)

En igualdad de condiciones la solución más sencilla es probablemente la correcta.

Guillermo de Ockham

La caja

La enorme caja de plástico negra yacía inerte sobre el suelo, mientras Francisco apuntaba los datos de destino en la hoja de control.

–Buenos días, Fran. Siento llegar tarde. ¿Cómo lo llevas? –dijo Tomás desde el otro lado de la sala de reparto.

Francisco se giró con lentitud robótica, lo miró a los ojos y contestó:

–Mal. Agobiado. La verdad es que ya teníamos bastantes repartos programados para hoy y se nos acaba de sumar un marrón de última hora.

Tomás caminó los pasos que le separaban de su compañero y de la extraña caja, se paró ante ella, la miró con desconfianza y preguntó:

–¿Esto es el marrón de última hora?

Francisco, todavía escribiendo sobre la hoja, contestó:

–Sí. Tenemos que posponer todo lo que teníamos pendiente y entregar este paquete cuanto antes.

–Qué raro... ¿Lo llevas tú y yo me quedo aquí? –preguntó Tomás.

–No. Pesa demasiado. Tenemos que ir los dos –contestó su compañero sin dar opción.

–Entonces, ¿dejamos la oficina de reparto sin atender? –añadió Tomás.

Francisco escribió las últimas palabras sobre la hoja, la pegó sobre la caja y contestó:

–Sí. Son órdenes del jefe. Me llamó un rato antes de entrar a trabajar. Me dijo que nos olvidásemos de todo lo que teníamos pendiente y que le diéramos prioridad absoluta a una caja de color negro que encontraríamos en el suelo de la sala de reparto.

–La forma recuerda a un tupper gigante ¿Qué raro todo, no? –replicó Tomás agachándose y acercando la cara a la caja para husmear.

No hay tiempo, tío. Son las 9:30 de la mañana y el paquete tiene que estar en el aeropuerto dentro de una hora. La furgoneta ya está preparada. Ayúdame a meterlo dentro –dijo Francisco.

–¡Joder! –exclamó Tomás, al mismo tiempo que alejaba su cara de forma repentina del bulto.

¿Qué te pasa? –preguntó Francisco.

–Dios. Huele fatal.

Francisco miró a su compañero extrañado durante un par de segundos, para después acercar su nariz al baúl.

–¡Mierda! Tienes razón. Huele fatal –dijo, separándose también de golpe de la extraña caja.

¿Qué habrá ahí dentro? –Tomás dudaba.

No lo sé. Seguro que es comida estropeada o algo por el estilo. Carguémosla de una vez en la furgoneta –Francisco trataba de restar importancia al olor.

Tomás obedeció y se colocó en uno de los extremos de la caja. Su compañero lo imitó posicionándose en el lado opuesto.

–Una, dos y tres... –se escuchó, justo antes de que, con gran esfuerzo, los dos consiguieran elevarla.

–¡Joder, cómo pesa esto! –dijo Tomás con la voz quebrada por el esfuerzo.

Los dos comenzaron a avanzar hacia la furgoneta de reparto, aparcada en frente de la puerta de la oficina, e introdujeron la caja en la parte trasera. Tras un par de segundos, lograron recuperarse del esfuerzo y se subieron al vehículo.

El sol brillaba con todo su esplendor sobre Santiago de Compostela aquella fría mañana otoñal, mientras Tomás conducía la furgoneta con gran destreza por el centro de la ciudad. Tras varios minutos recorriendo las calles abarrotadas de gente, el vehículo comenzó a dejar atrás la zona urbana, hasta que se incorporó a la autopista que los llevaría directos a su destino. Poco más de quince kilómetros después, ya habían alcanzado las inmediaciones del aeropuerto internacional de Santiago de Compostela.

–¿A cuál de las dos terminales tenemos que llevar el paquete? –preguntó Tomás, desde los mandos de la Citroën Jumper.

–A la terminal de carga –respondió Francisco, a la vez que apuntaba a uno de los edificios con el dedo índice.

La furgoneta abandonó a toda velocidad la rotonda de acceso, recorrió los escasos metros que la separaban de su destino final y se paró en frente de la garita de seguridad. De ella salió un hombre de unos cincuenta años, con semblante serio y andar parsimonioso. El tipo movía el cuerpo a cámara lenta y por encima tenía cara de pocos amigos. No está bien prejuzgar a las personas por la manera de andar o por la jeta que tienen, pero, si para este caso hubiéramos hecho una excepción, estaríamos viendo al candidato perfecto para ganar el concurso de: “ese no es mi puto trabajo”. Se paró a la altura de la ventanilla, clavó los ojos en los de Tomás y con voz ronca, dijo:

–Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

–Traemos un paquete. Nos han dicho que lo entreguemos aquí, en la terminal de carga –contestó Tomás.

–Eso no suele ser muy habitual –respondió el hombre sin pestañear.

Tomás frunció el ceño y aguantándole la mirada, dijo:

–Verá, caballero. No sé el trabajo que tiene usted, pero nosotros tenemos mucho y no podemos andarnos con gilipolleces. Llame a su jefe, su supervisor o a quién quiera y pregunte, pero hágalo rápido.

El guarda de seguridad tomó una enorme bocanada de aire y justo cuando se intuía que de su boca saldría una reahíla de palabras ofensivas, el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo comenzó a sonar, haciéndole abortar su respuesta, antes de ni siquiera haber empezado a hablar. El hombre soltó el aire que acababa de insuflar, sacó el móvil de bolsillo y cogió la llamada.

–Sí

–De acuerdo

- De acuerdo
- Sí, una furgoneta Citroën.
- Vale... sí...
- Pero...
- Vale

-Sin problema. Yo se lo digo.

Colgó el teléfono y se dirigió de nuevo a Tomás, con el mismo tono arisco que la primera vez:

-Les abriré la barrera. Avancen veinte metros y párense justo en aquella línea amarilla que se ve desde aquí, en el lado derecho del parking. Una de las personas que se encarga de subir las maletas a los aviones recogerá el bulto en persona. En cuanto lo descarguen, den media vuelta y salgan por este mismo punto de control.

El hombre regresó a la garita de vigilancia a cámara lenta y, tras un par de segundos, la barrera se abrió de forma automática. Tomás engranó primera, levantó el pie del embrague y dejó que la furgoneta avanzara muy despacio sobre el asfalto. El vehículo se adentró en una especie parking. En el lado izquierdo había varios puertos de descarga para camiones y, en el derecho, justo al lado de la línea amarilla a donde se dirigían, se levantaba una valla metálica de dos metros, coronada por alambre de espino. La barrera era lo único que los separaba de las pistas auxiliares, por donde rodaban los aviones antes del despegue o después del aterrizaje.

-Es muy raro todo esto, ¿no? -dijo Tomás, mirando las pistas auxiliares a través de la valla, vacías en ese momento.- Primero esa extraña caja de plástico negro que aparece por arte de magia en la oficina de reparto, luego las prisas para traerla. Cuando llegamos aquí, el tipo ese que dice que no es habitual que traigan paquetes al aeropuerto. Justo cuando estamos en la puerta alguien lo llama y le dice que nos estaban esperando y que un trabajador del aeropuerto recogerá el paquete en persona.

–Bah... Tomás, le das demasiada importancia a todo. Es un paquete más que hay que entregar y punto. ¿Me vas a decir ahora que no has ido a llevar cosas a sitios? ¿O que no has repartido paquetes con peor olor que este? –dijo Francisco, esbozando una pequeña sonrisa.

Tomás dejó escapar una carcajada, probablemente porque se estaba acordando de algún reparto cómico que había hecho en el pasado y contestó:

–Ya. Sí. Tienes razón. Si yo te contara...

Francisco entrecerró los ojos y señaló el horizonte con el dedo, a la vez que decía:

–Bueno. Por lo menos vamos a ver un aterrizaje en directo.

Un diminuto punto de luz se aproximaba por el suroeste hacia el aeropuerto. La luz del sol golpeaba el fuselaje del aparato y se reflectaba en dirección a la terminal de carga, haciendo que Tomás y Francisco vieran un simple destello acercándose a la pista.

Transcripción de la caja negra¹. Grabación de sonido del interior de la cabina de mando del vuelo AT 384

10:19:22

Comandante José. P. Ramírez: Qué díazo para ser otoño, ¿verdad?

Oficial Andrés Pozo: Y tanto...

Oficial: **AT 384²** en aproximación a 11.000 **pies³**.

Controlador Santiago de Compostela: AT 384 en aproximación.

Controlador: Santiago, **Rumbo 140⁴**, prepare aproximación visual en pista 17

Oficial: AT 384 rumbo 140 para aproximación visual en pista 17

Controlador: Espere **ILS⁵** para pista 17

Oficial: AT 384 esperamos ILS para pista 17

Comandante: Era demasiado bonito para ser verdad.

[Alguien tose en la cabina]

10:23:45

Comandante [A través del micrófono para dirigirse a los pasajeros]: Señores pasajeros. Les habla el comandante José Pablo Ramírez. En breves instantes tomaremos tierra en el aeropuerto de Santiago de Compostela. La temperatura en el exterior es de 12° C y el cielo está totalmente despejado. La llegada estaba prevista para las 10:40, pero parece que llegaremos varios minutos antes de lo esperado. En nombre de toda la tripulación, les doy las gracias por haber elegido *Air Atlantic*.

Comandante: ¡Vaya vistas!

Controlador: AT 384, reduzca velocidad a 230 Kn⁶.

Oficial: AT 384, reduciendo.

Controlador: AT 384, reduzca velocidad a 180 Kn.

Oficial: AT 384, reduciendo.

Comandante: **Flaps⁷ 1**

Oficial: Flaps 1

Controlador: AT 384, gire izquierda rumbo 100

Oficial: AT 384 Girando.

10:25:53

Controlador: AT 384, descienda a 4000 y gire izquierda, rumbo 010.

Oficial: AT 384 descendemos y giramos.

Comandante: Flaps 3.

Oficial: Flaps 3.

[Voz artificial]: **Autopilot⁸ off**

Comandante: Descendemos a 3000 pies.

Comandante: Flaps full

Oficial: Flaps full

Controlador: Reduzca velocidad y contacte con torre en

128.50 MHz⁹

Comandante: Comprobaciones para aterrizaje

Comandante: Flaps full

Oficial: ok

Comandante: **Tren¹⁰ abajo**

Oficial: ok

Comandante: AT 384 en aproximación final a pista 17
Controlador: Permiso para aterrizar en pista 17. Viento
15 kn² de 210°. Todo despejado.

10:28:01

Comandante: La pista esta despejada.

[Voz artificial]: **four houndred**¹¹.

[Voz artificial]: three houndred.

[Voz artificial]: two houndred.

[Voz artificial]: fifty.

[Voz artificial]: twenty.

[Voz artificial]: ten.

[Voz artificial]: Retard.

[Voz artificial]: Retard.

Las ruedas traseras del Boeing 737-800 de la compañía *Air Atlantic* tocaron con suavidad el asfalto de la pista 17 del aeropuerto internacional de Santiago de Compostela a las 10:31:20, levantando tras de sí una ligera nube de humo. Menos de dos segundos después, los pilotos aplicaron propulsión invertida y los dos motores **CFM56**²⁷ situados debajo de las alas soltaron un bufido ensordecedor, que rompió el silencio reinante en el aeropuerto. La aeronave, con los *spoilers* desplegados, rodó de forma elegante sobre sus ruedas traseras, durante breves instantes, hasta que el tren delantero hizo lo propio y acarició con suma delicadeza la superficie de la pista. El avión deceleró de forma progresiva hasta llegar a velocidad de rodadura y abandonó la pista por una de las salidas, sin llegar a detenerse en ningún momento.

Tomás y Francisco acababan de presenciar como la aeronave había realizado un aterrizaje brillante a escasos metros de su posición. Tan solo una valla de alambre se interponía entre ellos y la pista de aterrizaje.

–Impresionante... –dijo Tomás, sin perder de vista al Boeing, mientras rodaba hacia la terminal a través de las pistas auxiliares.

–La verdad es que verlo en directo es mu...

Algo golpeando la ventanilla del copiloto interrumpió a Francisco en mitad de la frase. Casi sin tiempo a que pudieran reaccionar, el cristal volvió a recibir otro impacto, más potente que el anterior. Un hombre vestido con un mono azul y un chaleco reflectante golpeaba la ventanilla de Francisco una y otra vez, mientras gritaba como un auténtico chiflado:

–¡La caja!

–¡La caja!

–¡Rápido!

–¡No hay tiempo, necesito la puta caja de una vez!

Francisco era un tipo grande. Medía 1.90, pesaba 120 kg y rondaba los cuarenta años. Cualquiera que se hubiera cruzado con él por la calle, seguro que se lo hubiera pensado dos veces antes de darle una mala contestación. Pero aquel hombre no era consciente de la envergadura del mastodonte que se sentaba a diez centímetros de la ventanilla que estaba aporreando con saña y mucho menos de la mala ostia que podía llegar a desempeñar, cuando le tocaban la moral. Fran, tras varios segundos mirando la cara desencajada de aquel individuo, por fin logró reaccionar y abrió la puerta de la furgoneta con tal violencia que parecía que había sido propulsada por un muelle. El hombre incluso tuvo que dar dos pasos atrás para evitar ser alcanzado.

–¿Qué cojones te pasa? –dijo Francisco con medio cuerpo aún dentro del vehículo.

El hombre, mucho más calmado, después de ver la reacción y el tamaño de Francisco, dijo con la voz entrecortada:

–Necesito... necesito la caja. Tiene que subir a ese avión.

–A eso venimos. A darte esa puta caja. No hace falta que le des hostias a la ventanilla de la furgoneta.

Francisco miró a los ojos del trabajador del aeropuerto durante cinco interminables segundos, hasta que al fin se